

Terlenka® y... acción!

¡PONGASE EN ACCION...
PONGASE TERLENKA!

TITULO
EL MAYOR ESPECTACULO DEL VESTIR

PROTAGONISTA

Terlenka®
para ocasiones

ESTRELLAS
INVITADAS



Una lencería para mujeres de hoy, al tiempo caprichosa y práctica. Tonos románticos, dibujos de gran moda y, naturalmente, LAVAR... Y LLEVAR.



IBERENKA MLE

TEATRO

a propósito de "cuando se espera"

Supongo que Lain Entralgo debe de estar hasta la coronilla de leer a todos sus críticos que su obra «Cuando se espera» —recién estrenada en el Reina Victoria, de Madrid— es más discursiva y literaria que viva y teatral. A este respecto conviene tener presente un comentario del propio Lain, incluido en el prólogo de la reciente edición de «Entre nosotros», su primera obra estrenada —el 3 de marzo de 1966, en el Windsor, de Barcelona— si no su primera obra escrita.

Decía allí:

«Hay dramaturgos "de raza", hombres para los cuales, por misterioso destino del hado, escribir no puede ser otra cosa que "escribir teatro". Desde Esquilo hasta Muñoz Seca, así han sido autores teatrales cientos y cientos de literatos geniales y chules. Hay, por otro lado, dramaturgos "por extensión", escritores que ya avanzado el curso de su vida, y después de haber lanzado al mundo una obra más o menos amplia y valiosa, sienten en su alma la comoción de dar figura escénica a alguna de sus ideas sobre la vida humana. Unos cuantos nombres recientes: Galdós, Unamuno, Azorín, Giraudoux, Sartre, Gabriel Marcel, Camus, y apuntando las cosas, el propio Pirandello.»

Pedro Lain sería, por propia confesión, uno de estos dramaturgos «por extensión», que llega al teatro prolongando una lucha expresiva iniciada en otros campos. Su dramaturgia sería la continuación de un discurso, la tentación de encarnar, de «poner en pie», una serie de ideas abstractamente manejadas hasta entonces. Es clarificador en este punto el hecho —según cuenta Lain— de que «Cuando se espera» fuese el resultado de una serie de lecturas y reflexiones orientadas a la preparación de un libro, «La espera y la esperanza». Lain, entre otros muchos textos, leyó o releó la obra teatral de Unamuno, Gabriel Marcel y Sartre. Y, vencido el libro, encaró el teatro.

Estimo que en la consideración crítica de «Cuando se espera» inciden dos cuestiones formales distintas, quizá manejadas a menudo confusa y equivocadamente.

De un lado, habría que repetir que la «carpintería» teatral es un concepto totalmente trasnochado. Responde a la fijación de ciertas normas que, en cada época, confunden la práctica circunstancial con la entidad del teatro. Si, por ejemplo, Benavente es el modelo, «Soledad» no será teatro en tanto que Unamuno no se semeja a los cánones de aquél. Si el modelo es Marcel Achard, otro tanto ocurrirá con Jean Paul Sartre. Olvidando que el propio Benavente fue, respecto a Echegaray, un renovador de la «carpintería».

En todo caso, el término «carpintería», aparte la magnificación de las rutinas de una época, entraña un concepto artesanal, perfectamente relacionable con las ideas francesas de la «pièce bien faite». El autor es —según esto— un hombre que «sabe hacer» teatro, que sabe con no imparta qué tema someterse a las reglas de la industria y suministrar un producto sólido y de cómodo consumo. De donde deduciríamos que en culto a la «carpintería» late una doble y consecuente deformación: sobrestimación de las características formales —que es tanto como negar la capacidad revolucionaria e imprevista del teatro— y sentimiento pequeño burgués de creerse «la medida» del mundo y del arte. Allí donde hay inmovilidad, hay dogmatismo y automagnificación. Y la glorificación de la «carpintería» es un producto histórico absolutamente ligado a la inmovilidad del grupo social que ha gobernado la escena durante un largo periodo.

En este aspecto, nada hay que reprochar a la obra de Lain. Nuestro escritor tiene perfectísimo derecho a hacer el teatro que hace, y a sustituir la trivialidad pedestre de costumbre por un discurso que aspira a ser trascendente; a cambiar el problema del amor y el desamor triangular por las consideraciones sobre el destino del hombre en el ámbito de una revolución socialista. Decir que a «Cuando se espera» le falta el artillo a ella exprese es una tontería. Ahí están los ejemplos de Unamuno y Valle desafiando vencedores a todo el teatro carpenteril y millonario de su tiempo.

Otro problema distinto es el de la función expresiva de la «escena». Aquí me parece que Lain pisa terreno más resbaladizo. Quiero decir que margina una serie de factores que deben estar integrados en la expresión dramática; que «no se aprovecha» adecuadamente de la existencia de un escenario y de unos actores. Su concepción del dramaturgo, en suma, es demasiado «literaria», justamente en un momento en que la escena parece estar replanteándose en el mundo los viejos problemas del «teatro total».

Si estudiamos el teatro más abierto y más vivo de nuestra época, aquel donde los espectáculos no se limitan a repetirse eternamente, encontraremos una idea dominante: la del trabajo «en equipo». La colaboración autor-director-escenógrafo-actor-iluminador, etc., se amplía incluso con la existencia de «equipos de dramaturgia» que opinan e influyen como críticos del espectáculo en creación. Es por aquí por donde las formas teatrales de Lain son discutibles; en lo que tienen de teatro exclusivamente para sí. Y nunca en el hecho de que haya querido poner en pie un drama de ideas, un drama que es preciso escuchar con atención, un drama que rebusa la trivialidad cotidiana...

Sentado esto, «Cuando se espera» es una obra abierta a múltiples consideraciones.

JOSE MONLEON